

La encarnación de nuestro Señor

por Dionisio Byler

Entre todas las festividades cristianas, la de Navidad es seguramente la más popular.

Hay algo entrañable en la representación con muñequitos de la escena de un bebé con sus padres en un establo —a veces en una cueva— con animales de granja, rodeado de adoradores que incluyen pastores, reyes y ángeles. Aquí en el hemisferio norte, la iluminación especial de nuestras calles, comercios y casas en los días más cortos del año tiene un efecto psicológico importante, aliviando la sensación oprimente de una oscuridad excesiva que es propia del invierno. Efecto parecido en el ánimo tienen los ritmos alegres y la mezcla de dulzura y nostalgia que son propios de villancicos populares y canciones seculares navideñas.

Algunas formas de entender y explicar la salvación que nos trae Jesús de Nazaret, han enfatizado históricamente la importancia de la Navidad. Cuando hace años decidí empezar, para disfrute de mis hijos, una colección de muñequitos para la configuración del tradicional Belén, empecé, como es natural, con las figu-

ras de Jesús, María y José. En la tienda se referían a ese trío de muñecos como «el Misterio». Entendí subliminalmente que esa expresión venía a expresar el convencimiento de que algo sobrenatural, misterioso, inexplicable, maravilloso, venía representado ahí. En un país con una notoria devoción a la Virgen, eso tenía que referirse necesariamente a la concepción de Jesús sin el acto carnal. Pero el énfasis en el milagro de la encarnación tiene otros aspectos igual de interesantes que ese.

Menno Simons, un líder importante entre los anabaptistas del siglo XVI, escribió sobre la encarnación de Nuestro Señor, en términos que hoy nos resultan incomprensibles, pero que eran comúnmente aceptados en su día, a finales de la Edad Media.

A Menno, como a muchos otros, le parecía importante enfatizar la diferencia y contraste entre la humanidad nuestra y la de Jesús, el segundo Adán, el primogénito de una nueva raza de humanos libres de toda mácula de pecado original. Para poder ejercer de Salvador, Jesús tenía que no solamente no haber pecado él, sino haber nacido sin que se le hubiese pegado el defecto esencial de la humanidad, expresado como «pecado original».

La teología tradicional católica conseguía esa diferencia entre la humanidad de Jesús y la nuestra,

primero enfatizando su concepción virginal; y segundo, para mayor protección de su pureza, inventando la Inmaculada Concepción de María, donde ella misma fuera «sin pecado concebida». Así Jesús podía considerarse doblemente apartado de contaminación por reproducción sexual: ¡Inmaculado de segunda generación!

Menno (y otros muchos pensadores cristianos de su era) conseguía este mismo efecto partiendo del desconocimiento que había en aquel entonces de los pormenores de la reproducción sexual a nivel celular y genético. Los antiguos siempre consideraron que en el acto sexual el varón «siembra» su «simiente» en la mujer, más o menos como el agricultor siembra trigo o cualquier otra planta. La tierra nada confiere a esa planta, más que lugar fértil donde arraigar. Así también, la mujer nada confería al hijo o hija, aparte de la matriz fértil donde desarrollarse hasta nacer. Así las cosas, Jesús es hijo del Espíritu Santo que lo sembró asexualmente en María. Pero María nada contribuyó de suyo a la humanidad de Jesús. La humanidad de Jesús, en efecto, no desciende de Adán sino que es humanidad de nueva creación, sembrada en María por el Espíritu.

Los anabaptistas contemporáneos suyos tuvieron sus dudas acerca de esta doctrina tal cual la desarrolló Menno, aunque acabarían adoptando su nombre para identificarse como

También en este número:

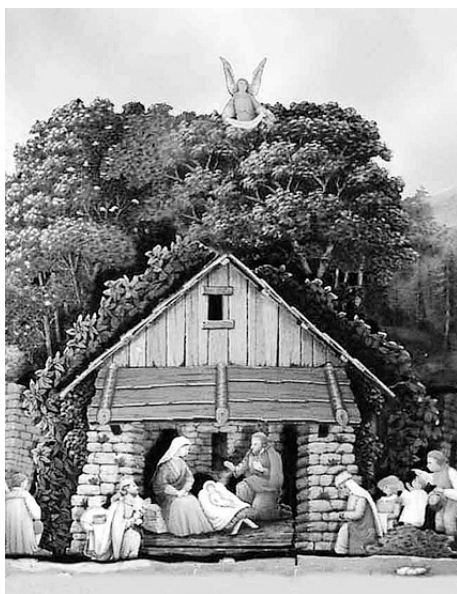
Sed llenos del Espíritu	3
Aprender con refugiados	5
Puentes de paz en Bangladés	6
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: templo	8

movimiento cristiano. Pensaban que en esto Menno habría hecho bien en seguir su práctica en todo lo demás: ceñirse estrictamente a la Biblia y evitar especulaciones de poco provecho.

Detrás de ese interés en contrastar la humanidad de Jesús y la nuestra hay varias presuposiciones, que pueden cada una ser considerada para intentar juzgar si se tienen en pie.

La idea del pecado original, por ejemplo, que se trasmite biológicamente por la cópula carnal. Para empezar, la Biblia entera no conoce el término «pecado original». Buscaríamos en balde allí, por consiguiente, cualquier noción de cómo sería que se trasmite de una generación a otra. La Biblia —Pablo en los primeros capítulos de Romanos, por ejemplo— denuncia que cada ser humano vive de maneras que desagradan a Dios y perjudican al prójimo y por eso necesita una intervención divina que restaure su comunión con Dios y con el prójimo. ¡Necesitamos un Salvador! Pero Pablo no especula cómo es que somos así; sencillamente describe lo que entiende que es una realidad.

El desarrollo medieval del concepto de sacrificio sustitutorio es otro concepto que habría que contrastar. La carta a los Hebreos había explorado diversos paralelos entre la muerte de Jesús y el ritual del templo en Jerusalén. El cristianismo posterior desarrolló la idea de Cristo como víctima sacrificial perfecta, que aplaca la ira divina y restituye el orden y la paz con Dios y en la sociedad.



Para que funcione la noción de sacrificio sustitutorio, es necesario imaginar que sea posible transferir los pecados de una persona a otra. Luego también cada infracción necesitaría su castigo de igual gravedad que la propia infracción. Con tal de que caiga sobre «alguien» ese castigo, la infracción quedaría saldada y volvemos a estar todos en paz con Dios y unos con otros.

Esto mismo sucedía a nivel secular en la Edad Media. Si se cometía un asesinato, había que culpar rápidamente a alguien y ejecutarlo públicamente, con lo cual la sociedad recuperaba la sensación de orden y tranquilidad cívica. No era necesario que el ajusticiado fuera realmente culpable, algo que era imposible muchas veces de establecer, especialmente cuando se arrancaban «confesiones» recurriendo a la tortura. Lo importante era que «alguien» pagara con la vida, saldando así la cuenta abierta en la convivencia social.

Con este tipo de nociones, la idea de que un justo —sin ningún tipo de imperfección propia, ni siquiera la del «pecado original»— pudiera saldar con Dios la cuenta de todos nuestros pecados, parecía perfectamente lógica. Tenemos aquí, entonces, otro motivo para enfatizar el milagro de la encarnación como el acto central de la salvación. Porque sin esa perfección como víctima inocente, la muerte de Jesús no habría conseguido borrar a la vez todos y cada uno de nuestros pecados de toda la humanidad.

Otros tal vez enfatizaron la encarnación como milagro central de la Salvación por sostener inconscientemente ciertas nociones propias del gnosticismo, que se conocen en teología como *docetismo*. Según el docetismo Jesús no fue realmente humano sino que solamente lo pareció. Lo que fue, y esto es seguro, es divino. Se rebajó a la forma humana, asumió provisionalmente una identidad humana, para guiarnos en el camino hacia la negación de lo bajo, terrenal, animal, grosero, sensorial, que sufre los apasionamientos de la carne —lo cual envilece nuestra condición humana— hasta alcanzar una existencia puramente espiritual, como la suya.

Menno sobre la encarnación

Menno escribió un libro entero para defender su doctrina de la encarnación. Este pequeño botón de muestra está traducido de J. C. Wenger, *The Complete Writings of Menno Simons* (Scottsdale: Herald, 1956), pp. 797-98:

[Considera el testimonio del propio] Cristo sobre su origen, cuando dijo: «Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo» (Juan 3,13).

Mira cómo en el pasaje citado, Cristo Jesús habla no sólo de su deidad, sino de su humanidad (por cuanto habla del Hijo del hombre), por cuanto está claro, ¿no es así?, que el hombre Cristo no tuvo su origen en la tierra, sino en el cielo, porque no puede llamarse el Hijo del hombre por causa de *su deidad eterna que permanece sin disminución*, como dicen los eruditos. Otra vez: no puede cuando dijo estas cosas encontrarse en el cielo, en cuanto a su humanidad, si es que su humanidad procede de María y no del cielo. Por consiguiente, hemos de referir esta afirmación al Cristo entero, tanto en cuanto a su deidad como en cuanto a su humanidad.

Pero entonces sigue irresistible-mente que el Cristo Jesús entero, tanto Dios como hombre, hombre y Dios, tiene su origen en el cielo y no en la tierra, como testifica Juan en otro lugar: «El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos» (Juan 3,31). «Salí del Padre, y he venido al mundo; de nuevo, dejo el mundo y voy al Padre» (Juan 16,28).

Así que sigue claramente (por lo menos si es que aceptamos las palabras de Cristo, de Juan y de Pablo como ciertas), que la Palabra descendió del cielo, se hizo carne en María, habitó entre los hombres, cumplió la Escritura, ascendió de vuelta, se sentó a la diestra de su Padre, y es adorado por los ángeles de Dios. [...]

Pablo explica más nuestra confesión y dice: «El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es celestial. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales» (1 Corintios 15,47-48).

Observa, lector, que aunque Pablo habla aquí principalmente sobre la resurrección de los muertos, y la gloria futura, sin embargo testifica por esta misma Escritura el regreso, y el origen de y la diferencia entre el primer Adán y el segundo, al decir: El primer hombre es de la tierra terrenal; y el segundo hombre es el Señor que procede del cielo. Por cuanto el primer hombre, Adán, se describe como terrenal porque pertenece a la tierra; así también, el segundo hombre, Cristo, se describe como celestial porque procede del cielo.

El milagro de la encarnación habría sido, entonces, no que Jesús se hiciera de verdad humano, sino que nosotros alcancemos a ser de verdad espirituales, rozando la divinidad con una «vida eterna» equiparable a la de los ángeles.

Quizá es porque se prestaba con cierta facilidad a tanta distorsión y tanta especulación baldía, que aparte de Mateo y Lucas, ningún otro autor del Nuevo Testamento menciona en absoluto el nacimiento o encarnación de Nuestro Señor. Su nacimiento figura ahí, en Mateo y Lucas, como un detalle entre otros que describen su encaje en la nación judía desde Abraham y en la humanidad entera desde Adán. Pero no hay allí ningún desarrollo de la encarnación como algo que tuviera en sí importancia teológica. Mucho más desarrollo teológico sobre los orígenes de Jesús tenemos, por ejemplo, en el evangelio de Juan. Juan no menciona el nacimiento de

Jesús para nada, pero en cambio sí habla de su preexistencia como *Logos* o Palabra divina y eterna.

El Nuevo Testamento en general asume, sin explicar, que Jesús es uno de nosotros, un varón como cualquier otro, a la vez que ahora ha sido exaltado hasta la diestra de Dios en los cielos. En el libro de Apocalipsis, las alabanzas se dirigen indistintamente «al que está sentado en el trono y al Cordero», distinguibles pero esencialmente inseparables. El Nuevo Testamento hace ambas afirmaciones acerca de Jesús —su humanidad y su deidad— sin entrar en asociarlo necesariamente a su nacimiento. El Nuevo Testamento tiende a enfatizar mucho más la obediencia de Jesús hasta la cruz, y su posterior resurrección y glorificación como recompensa por esa obediencia. Obediencia que nos propone como ejemplo a seguir, con igual promesa de resurrección.

Sed llenos del Espíritu

por Antonio González

«No os embriaguéis con vino, en el cual hay disolución, sino sed llenos del Espíritu» (Efesios 5,18).

Posiblemente habría que comenzar diciendo que el problema no parece ser simplemente el vino. Evidentemente, no tendría mucho sentido pensar que la exhortación se refiere solamente al vino, pero no, por ejemplo, a la cerveza. Sería ridículo pensar así. Y esto nos muestra que el significado del texto va, en realidad, mucho más allá del vino. Es como si solamente se nos presentaran en la vida dos grandes opciones: o ser llenos del Espíritu Santo, o ser llenos de otras muchas cosas, semejantes al vino.

De hecho, hay una enorme cantidad de

cosas que embriagan o intoxican (*methyskesthe*) la propia vida. Hoy tenemos a nuestra disposición, mucho más que los efesios, múltiples posibilidades de adicción, tanto a sustancias como a comportamientos. Todas las adicciones, hoy lo sabe la ciencia, son una misma y única enfermedad, que altera las mismas

regiones cerebrales. Pero la gran alternativa no tiene que limitarse solamente a las adicciones. También podemos llenarnos de preocupaciones, miedos, angustias, resentimientos, etc. Y la mente puesta en la carne nos intoxica, hasta el punto de que, como dice Pablo, es muerte (Ro 8,6).



Significativamente, al hablar del vino, se menciona la consecuencia del mismo: la disolución. Se trata de una palabra (*asotía*) que, etimológicamente, podría significar algo así como «no salvación». Por supuesto, se trata de un sentido amplio de la «salvación». Para los antiguos, se trataba de un concepto muy cercano al de salud. La «disolución», vista así, transmite la idea de una pérdida de la seguridad, de la integridad, de la compostura, de la salud, etc. En las adicciones, el ser humano pierde de vista las consecuencias de sus actos, y una importante estrategia de recuperación es lo que propone la carta a los Efesios: mantener siempre presente la visión a largo plazo, incluyendo las consecuencias de la acción.

Sin embargo, el texto habla de una recuperación mayor y más radical. Sería la verdadera alternativa a todas las llenuras que tenemos a nuestra disposición. Se trata de ser llenos del Espíritu Santo. Aquí conviene tener en cuenta dos cosas.

Por una parte, el verbo griego para «sed llenos» (*plerousthe*) está en voz pasiva. Para subrayar esta pasividad en castellano, podríamos decir, en lugar de «sed llenos», «sed llenados». Con esto quedaría muy claro que el sujeto de esa acción no somos nosotros, sino el Espíritu de Dios mismo, que nos llena. O, si se quiere, Jesús mismo, que derrama su Espíritu en nosotros, de acuerdo a la promesa del Padre (Hch 2,33). La llenura no es algo que podamos adquirir de acuerdo a nuestros méritos, sino algo que tenemos que pedir insistentemente (Lc 11,9-13). El imperativo, la exhortación a ser llenos, es sobre todo una exhortación a buscar ser llenados por el Espíritu.

Por otra parte, es también importante observar que esta misma expresión, «sed llenos», está en tiempo presente. En griego, hay una distinción muy importante entre el imperativo aoristo y el imperativo presente. El aoristo generalmente designa una acción puntual, que sucede una vez. En cambio, el presente se refiere a una actividad continua. Y esto es importante, porque entonces podemos entender que el ser llenados por el Espíritu no es algo que sucede sola-



mente una vez en la vida, sino a un proceso continuado en el tiempo. Más que de una ducha única el día de Navidad, se trataría de un baño continuo, a lo largo de todo el año. Si quisiéramos traducir el texto de una manera que reflejara este aspecto continuo, que está en el original griego, tendríamos que decir algo así como: «estad siempre siendo llenados por el Espíritu».

En la historia del cristianismo moderno, ha habido cierta tendencia a entender la actividad del Espíritu Santo en un modo «aoristo», es decir, como si fuera una experiencia puntual, o una sucesión de experiencias puntuales. La Reforma entendió que la fe era la gran obra del Espíritu Santo en nosotros. Posteriormente, los movimientos de santidad se enfocaron en aquello que parecía faltar en un

ambiente supuestamente «creyente», propio de las «cristiandades» salidas de la Reforma. Lo que faltaba era una «segunda obra de gracia», por la que el cristiano sería verdaderamente santificado. En eso consistiría el «bautismo en el Espíritu Santo».

Cuando a principio del siglo pasado comenzó en movimiento pentecostal, se negaba que la santificación fuera el verdadero bautismo en el Espíritu Santo. En la calle Azusa de Los Ángeles, y en algunos otros grupos pentecostales, se hablaba del bautismo del Espíritu Santo, evidenciado por el hablar en lenguas, como una «tercera obra de gracia». Recientemente, escuchaba a una predicadora afirmar que ella había recibido el bautismo del Espíritu Santo (y las lenguas) siendo casi niña. Pero le faltaba algo. Lo que le faltaba era una experiencia más, el «fuego», que también esté presente en la promesa: ser bautizados con Espíritu y fuego (Lc 3,16). El fuego lo habría recibido después... Las experiencias sin duda son reales, pero ya sería excesivo hablar de una «cuarta obra de gracia», de algún modo normativa para todo caminar cristiano...

¿Qué sucedería si el ser llenados por el Espíritu Santo no fuera una sucesión de experiencias puntuales, sino un proceso continuo? ¿Y si fuéramos bautizados de esta manera? En Hechos 2,4 el bautismo del Espíritu Santo es equivalente a ser llenos del Espíritu Santo. Y en Efesios 5,18 el ser continuamente llenados «por» el Espíritu es más bien, literalmente, según el texto griego, un ser llenados «en» el Espíritu Santo. Es decir, no sólo llenos por dentro, sino completamente empapados. ¿Y si el bautismo del Espíritu Santo tuviera lugar de esta manera? Algo así como el fluir permanente de un mismo mar, que se plasma en olas concretas, siempre continuas, siempre dispuestas a empaparnos más y más del mismo agua?

Si así fuera, ciertamente habría una distinción entre lo que el Espíritu hace cuando nos posibilita decir por vez primera «Jesús es Señor» (1 Cor 12,3), y todo lo que viene después, a lo largo de nuestra vida cristiana. Sin embargo, ya no tendría mucho sentido

la discusión sobre si el bautismo del Espíritu Santo tendría que ir siempre acompañado del hablar en lenguas (Hch 2,4; 10,46; 19,6), o podrían ser experiencias distintas (Hch 4,31; 8,17; 9,17). Tampoco tendría sentido decirle a Cornelio y a los suyos que ya no tendrían que ser llenos del Espíritu, porque ya tuvieron esa experiencia en el mismo momento de su conversión (Hch 10,44-46). Para todo cristiano sería válida siempre la exhortación a «estar continuamente siendo llenado

más y más en el Espíritu» (Ef 5,18), porque las olas del mismo mar nunca se acaban. Siempre hay más.

En este caso, el crecimiento en el fruto del Espíritu (Gal 5,22), y los diversos dones espirituales (1 Co 12,7-11, etc.), serían derramados por Dios, no según una secuencia prefijada de experiencias puntuales, sino más bien con la libertad misma del Espíritu, que sopla donde quiere. Algo importante, porque siempre podríamos tener muchos dones, como los

corintios (1 Co 1,7), y sin embargo ser carnales (1 Co 3,3). Por ello, los cristianos podríamos siempre buscar y esperar más fruto, y más dones, a lo largo de nuestra vida, no con el objetivo de cumplir un programa fijo de experiencias, sino para rendirnos más a Dios, y ser mejor utilizados por él, al servicio de otros. Lo que fue dado por la fe, continuaría siendo dado como un crecimiento mismo de la fe y por la fe. Las continuas olas no impedirían nunca esperar el tsunami.

Aprender con refugiados iraquíes

Comunicado de prensa, CMM

Dto. de Ain (Francia), 21 de octubre — Movidos por la situación causada por el avance del *Daesh* (Estado Islámico) a finales de 2014, veinte miembros de tres comunidades cristianas en el pequeño pueblo de Bellegarde decidieron hospedar a una familia de refugiados de Irak. Después de nueve meses de espera, la familia Mikho compuesta por dos abuelas, dos padres y tres hijos, fue anunciada en la estación del tren un sábado por la noche.

Los medios de comunicación estaban ansiosos por mostrar una historia más positiva que la de la decadencia de una Europa temerosa, así que un fotógrafo y un periodista cubrieron la llegada. El desfile de medios continuó durante los días y meses siguientes, haciendo que la respuesta dada en nuestras modestas casas pareciera desproporcionada.

El mes siguiente, la familia recibió unos ingresos mínimos y un subsidio de vivienda. Nueve meses después, la familia ya estaba tan bien integrada que los traductores de árabe al francés ya no se necesitaban más, y tanto el esposo como la esposa tenían empleo. Nuestras comunidades cristianas han sido como una familia nueva para ellos, interviniendo para reemplazar a los de su tierra natal.

La riqueza de habilidades que otros traen a nuestro grupo ha sido valiosa para dar ideas y hacerle saber a la familia que están en casa. Nuestro grupo acompañó a la familia en el

proceso de obtener su condición de refugiados, las cartas de residencia, papeles médicos, etc. También apoyamos a los padres en la educación y actividades para los niños, y acceso a un empleo.

Católicos, protestantes, adventistas y menonitas aprendimos a conocernos mejor y a apreciarnos unos a otros al trabajar juntos en esto. A menudo nos encontramos en la situación de ser nosotros los que teníamos que aprender. Cuando yo intento utilizar frases en árabe, me doy cuenta del camino que ellos tienen que recorrer en la dirección opuesta para llegar entenderse con nosotros. En la medida de lo posible, hemos intentado proyectar en pantalla nuestras canciones y lecturas, tanto en francés como en árabe. Nos hace felices compartir con ellos nuestra visión de la fe cristiana.

Ambas abuelas pasan mucho tiempo bordando imágenes coloridas que evocan escenas bíblicas o religiosas. De ese modo descubrimos una cultura ancestral: nuestros amigos iraquíes son de la provincia de Nínive.

Su historia cristiana es impresionante. Desde la época de los romanos, ellos han estado resistiendo influencias del oriente (la enigmática religión



persa) y del occidente (Roma, ortodoxia bizantina, islam, e incluso misioneros protestantes y católicos). La intervención armada de los Estados Unidos en el siglo XXI ha acabado con su modo de vida, motivando otras reacciones regionales, con las consecuencias catastróficas que vemos ahora.

Estamos en un caminar con nuestros amigos, un caminar de idioma, historia y cultura. Esto no es solamente sobre si ser acogedores y hospitalarios. Sino sobre si ser hermanos y hermanas para la humanidad que se encuentra al otro lado de nuestras fronteras.

—por Daniel Goldschmidt, un miembro de Eglise Evangélique Mennonite (Iglesia Evangélica Menonita) en Saint-Genis-Pouilly, Francia.

Puentes de paz en Bangladés

Fuente: la web de Eastern Mennonite Missions, por Emily Jones

Salunga (EEUU), 29 de septiembre — Las iglesias de Asambleas de Dios en Bangladés tienen un hondo compromiso con la paz. Cinco distritos de la iglesia en Bangladés recibieron a David W. Shenk para visitar, enseñar y animar a sus congregaciones a arraigarse más que nunca en el camino de la paz de Jesús. Shenk es un especialista muy reconocido en el diálogo entre religiones y actúa como consultor mundial de la Misión Menonita del Este (EMM, por sus siglas en inglés). Entre el 29 de agosto y el 10 de septiembre, los miembros de Asambleas de Dios a lo ancho de Bangladés recibieron un estímulo a seguir derribando barreras entre gentes, para construir puentes de diálogo y amistad.

Los talleres de Shenk en Bangladés los organizó Proshant Roy, un pastor bangladesí de Asambleas de Dios. Roy participó en la elaboración de un programa parecido de talleres para Shenk hace cinco años, después de oírle hablar sobre relaciones entre cristianos y musulmanes en un congreso misionero en Kenya de Asambleas de Dios. Desde aquellos primeros talleres, Roy ha estado pidiendo a Shenk que regresara a Bangladés.

—La paz del evangelio es muy necesaria en nuestro país —dijo—. Orad por Bangladés y por nuestras iglesias.

Un hijo de Roy, Timothy, que participa con Shenk en el Equipo de Relaciones Cristiano Musulmanas de EMM, actuó como traductor junto con su padre. Timothy, que estudia en la

Escuela Universitaria Cristiana de Lituania, consiguió permiso para empezar el curso escolar dos semanas tarde, para poder acompañar a Shenk. La esposa de Roy, Linda Halder, junto con su hijo Theophil, organizaron el servicio de comidas para cada taller.

Los talleres de Shenk sobre el trabajo por la paz se centraron en la relación cristiano musulmana, que es el campo en el que se ha especializado. Sus charlas fueron muy bien recibidas por el gobierno del país, como una contribución al espíritu de tolerancia religiosa en Bangladés.

Muchos participantes de los talleres de Shenk fueron creyentes nuevos, de diferentes trasfondos. Muchos más fueron pastores y líderes en las iglesias. Algunos viajaron largas distancias a pesar de problemas con el transporte ocasionados por la inundación de ríos y el tráfico atestado por el festival Eid al-Adha. Los talleres se celebraron en las iglesias Asambleas de Dios de Faridpur, Gopalganj, Khulna y Rangpur.

Mayormente los cinco talleres fueron de dos días de duración. El primer día, Shenk tocó en cosas que los musulmanes quieren saber sobre el cristianismo.

—Hay muchas cosas que derivan en malentendidos porque no se da respuesta adecuada a esas preguntas —dijo.

Según él, las preguntas más frecuentes de los musulmanes a los cristianos incluyen: ¿Qué significa la Trinidad? ¿Qué creéis sobre la identidad y la persona de Jesús? ¿Cómo es

posible que Jesús, el Mesías, muriera crucificado? ¿Se ha corrompido la Biblia?

El segundo día de los talleres, Shenk lo dedicó a fomentar el diálogo en grupo, sobre cuatro columnas de la actividad cristiana por la paz: el testimonio, el diálogo, el sufrimiento y la hospitalidad. Shenk indica que en cada uno de los talleres los asistentes participaron en este diálogo con mucho entusiasmo.

Unas 30-45 personas asistieron a cada taller. Shenk ha oído que muchos asistentes a los talleres sintieron que su visita los ha estimulado como activistas por la paz.

—Me hace sentir muy agradecido el haber podido tener un pequeño papel en que esto sucediera —dice. Muchos de los participantes han pedido que los talleres se repitan en el futuro.

Los seminarios de Shenk sobre la actividad por la paz proveyeron un estímulo oportuno después del ataque terrorista del 2 de julio que acabó con la vida de 20 personas de diferentes nacionalidades en la capital, Dhaka. El Estado Islámico se atribuyó el atentado. Debido a la elevada alerta por la seguridad después del atentado, el gobierno proveyó a Shenk protección policial en todos sus talleres. Shenk indica que algunos de los policías tomaron apuntes a lo largo de los talleres, y que uno de ellos se le acercó para hacerle preguntas sobre lo que había dicho.

Un momento inolvidable para Shenk fue viajar al poblado nativo de Roy, remando hora y media por un marjal, en una canoa que hacía agua. Otra sorpresa fue la visita nocturna de nueve policías armados. Shenk, inicialmente alarmado, se repuso al descubrir que su única intención era confirmar que se encontraba seguro.

—¡Cuando seguimos a Jesús, nos encontramos en cada situación! —fue su comentario.



Noticias de nuestras iglesias

Cursa de la dona

Barcelona, 7 de noviembre — Siete mujeres de la Iglesia Menonita de Barcelona participaron en la Carrera de la Mujer contra el cáncer de mama. Más de 30.000 personas participaron, corriendo o andando los 8 km de la «carrera» por lugares emblemáticos de Barcelona y a favor de esa causa solidaria. Tuvo lugar el 6 de noviembre y además de las participantes, otros miles fuimos a animarlas. Fue una iniciativa social muy interesante, y estas hermanas de nuestra iglesia han participado con muchas ilusión.



EME 2017: tarifas

Barcelona, 12 de noviembre — El comité organizador del Encuentro Menonita Español (EME 2017), nos sigue adelantando detalles según los van concretando. Este mes nos indican lo que costará asistir, según las diferentes modalidades, que se especifican a continuación. EME 2017 se celebrará en la costa mediterránea: en Coma-ruga (Tarragona), los días 28 de abril a 1 de mayo.

Cosas a tener en cuenta al considerar la tabla de tarifas:

- Los menores de 3 años no pagan.
- Los adultos que estén dispuestos a compartir una habitación para 4, tendrán una tarifa especial.
- Para una habitación individual, se paga más.
- Hay dos precios, según cuándo se produzca la inscripción: La fecha delimitadora entre una tarifa y la otra, es el 15 de marzo.
- Estos precios incluyen el alojamiento en pensión completa y demás gastos para el evento entero



(cena del 28 de abril a comida del 1 de mayo).

- También habrá una tarifa para los que no se alojan en el hotel, que incluye comida y/o cena y el uso de las instalaciones e infraestructura.

Precio de inscripción:	Antes del 15 de marzo	Después del 15 de marzo
0-2 años	0 €	0 €
3-11 años	80 €	85 €
Adultos (mayores de 11 años)	125 €	135 €
Adultos (4 por habitación)	105 €	110 €
Adultos (hab. individual)	170 €	180 €
Sin hospedaje, medio día	20 €	20 €
Sin hospedaje, día	35 €	35 €

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

templo — Edificio, normalmente monumental, donde se aloja la imagen que hace concreta la presencia de un dios. En Jerusalén cumplía simbólicamente la misma función, aunque sin imagen divina.

Los templos parecen haber existido desde una antigüedad muy remota en todas las civilizaciones importantes. Se conocen en Sumeria, miles de años antes de Abrahán. Aunque del antiguo Egipto son más notables las pirámides funerarias, también existieron templos monumentales. Como los hubo también en el subcontinente índico y en las culturas del lejano oriente: China, Camboya, Japón, etc. Los templos piramidales de Mesoamérica parecen acusar influencias chinas.

En el mundo cananeo donde surge Israel, hubo entonces templos desde tiempos remotos de la antigüedad, a la vez que altares monumentales en «lugares altos» (la cima de ciertas colinas o montes), y una proliferación de *matsebás* (piedras clavadas verticalmente, en representación de la deidad masculina) y *aserás* (truncos o palos clavados verticalmente, en representación de la deidad femenina).

Los templos fenicios tenían una disposición de dos cámaras, como imitaría a la postre el templo al Señor de Israel, en Jerusalén. De éste se conoce que la cámara interior tenía la forma de un cubo de unos diez metros de lado, mientras que la exterior o primera, era rectangular, duplicando exactamente el volumen de la otra. A la primera solían entrar los sacerdotes para el ritual diario; a la interior, o «lugar santísimo», se entraba una vez al año. Allí estaba el Arca sobre la que posaban las estatuas de dos querubines, enormes y forradas de oro. Los querubines no representaban a Dios mismo, sino probablemente su «trono» o cabalgadura.

Según los relatos bíblicos, Salomón había construido este templo integrándolo a su complejo palaciego, «la ciudad de David», donde vivía con su harén. Había allí además un gran número de otros templos menores,

dedicados a las diferentes deidades que adoraban sus esposas. Como el acceso al interior del templo al Señor en Jerusalén estaba limitado a un número muy exclusivo de sacerdotes, la mayoría de los adoradores rendían culto —en las festividades anuales y en las horas diarias de sacrificio— en el «atrio» del templo: una explanada al aire libre frente al edificio templario. Allí se encontraban el altar y el «mar» de bronce lleno de agua para los rituales de purificación, y dos columnas inmensas junto a la entrada del templo.

Destruído por los babilonios tres siglos después de su construcción, en el siglo V a.C. se construyó otro en Jerusalén, dedicado también al Señor de Israel, por orden del rey persa. En el siglo II a.C. el emperador griego de Siria lo dedicó a Zeus, interrumpiendo el ritual judío, que se restableció con la victoria de los macabeos. Hacia el año 20 a.C., Herodes el Grande lo reconstruyó a escala monumental. El templo de Herodes rivalizaba con los más magníficos que pudiera encontrarse en el mundo romano, pero fue destruido en el 70 d.C. cuando los romanos tomaron Jerusalén tras el alzamiento y la brevísima independencia de los judíos. Nunca se volvió a reconstruir, aunque los romanos construyeron en el monte de Sion un templo dedicado a Júpiter Capitolino.

Los soberanos persas y griegos habían empleado el templo de Jerusalén —y otros a lo ancho de su imperio— como tesorerías estatales donde almacenar caudales. A estos efectos, la legislación bíblica de los judíos especificaba la entrega de diezmos, ofrendas y contribuciones obligatorias en especie, que convertían el templo en una auténtica máquina de generar ingresos para la corona, que nunca se inhibió de «saquear el templo» (que es como lo sentían los devotos judíos) cada vez que se vieran en necesidad de sus fondos.

Hay un número de salmos que nos dejan ver el hondo sentimiento de devoción religiosa que inspiraban las peregrinaciones anuales al templo de Jerusalén, acompañadas de cánticos y

salmos, en un ambiente festivo a la vez que religioso, seguramente reminiscente de las romerías populares en España. Había en esas ocasiones generosa consumición de carne, que era un alimento especialmentepreciado porque su consumo no estaba normalmente al alcance de las clases trabajadoras.

Casi todas las tradiciones cristianas han dado en referirse a sus lugares de culto como «templo». Algunas tradiciones evangélicas, sin embargo, entendemos que «templo del Espíritu Santo» somos nosotros, el pueblo de Dios y cada cristiano en particular. Así es como se expresa el Nuevo Testamento. Aunque los apóstoles predicaron al principio habitualmente en el atrio del templo de Jerusalén, también conservaron palabras muy duras de Jesús, que desconfió rotundamente de toda la pompa y riqueza y poder mundanal que representaba ese edificio construido por Herodes.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org